

fijos en el cielo, parecían quedarse suspensos en éxtasis dulcísimo ¹.

12. Concluyamos. María ama á los que la aman. Amarla de veras es la suma felicidad, pues es amar á Jesús, es hallar la vida eterna. Permaneced fieles á su amor, á las promesas de vuestra consagración á su servicio. Ensanchad vuestros ideales, proponed hacer grandes cosas en obsequio de María y bajo la bandera de su Congregación. Conservad vivo su espíritu, ese espíritu que le ha dado tres siglos de gloria, y que os dará, por corona de vuestras buenas obras en el tiempo, una de gloria inmortal en la dichosa eternidad. Así sea.

SERMÓN SOBRE EL CULTO DE MARÍA

(predicado en la catedral de Medellín, Colombia, 1893).

La verdad, cimiento del culto de María.

Veritas Domini manet in æternum.

La verdad del Señor permanece por siempre jamás. Ps. 116, 2.

1. Un pueblo en masa agrupado con bello desorden ante el altar, donde, entre mil luces, brilla la imagen de María: la multitud agolpada en las puertas del templo, por no ser éste bastante espacioso para contenerla; y, dentro y fuera, millares de almas repletas de entusiasmo religioso sin otro motivo que la celebración periódica de su fiesta patronal... he aquí un espectáculo maravilloso en sí mismo, consolador, edificante, pero nada extraordinario en la católica ciudad

¹ Mensajero del Cor. de Jesús, de Colombia, año xv, abril de 1897.

de Medellín. Cada año se renueva en este mismo día; y ¡cuántos años han pasado desde que por primera vez se dió culto en este venerando templo á la soberana Reina, á la *Virgen de la Candelaria*, patrona excelsa de esta antigua villa, hoy ciudad capital del departamento de Antioquía ¹. Y, con todo, cada año nos causa la festividad de este día nuevos transportes de admiración y santo regocijo. ¿Por qué, mis amados oyentes? Porque los grandes fenómenos, ya sean del orden físico, ya del moral, no envejecen ni se vulgarizan jamás; menos aún los del orden religioso.

2. Bien pueden cambiar de mil maneras, en uno ú otro sentido, las circunstancias locales; la piedad no cambia, el fervor religioso no decae en esta tierra de arraigadas tradiciones católicas. Los años no ofrecen siempre la misma abundancia de recursos; la miseria, natural resultado de la pérdida de las cosechas, asoma á veces la demacrada faz con espanto de todas las clases de la sociedad; de todas partes salen gritos de alarma y voces quejumbrosas de lo apremiante y duro de la situación. Pero, en medio de todo, y á pesar de los pesares, el culto de María en su querido título de la Candelaria triunfa siempre de las dificultades, y se ostenta espléndido y magnífico, como en los mejores tiempos, dijérase por obra de milagro. Es sabido, cristianos, que la fe hace los mayores prodigios ²; y no menores, el amor. ¿Qué no hará, pues, para honrar á María, su patrona, la fe y el amor de todo un pueblo?

Más temible que la mala situación económica, el progreso denominado moderno por sus tendencias mani-

¹ Medellín, llamada la Villa de la Candelaria, fué fundada en 1674.

² Matth. 17, 19.

fiestas á desarraigar las costumbres y tradiciones antiguas, nada ha podido tampoco hasta hoy para apagar con su helado soplo el fuego sagrado de la devoción popular. Día es éste y ocasión de tributar por ello ferventísimas gracias al Señor. Nosotros progresamos, es verdad, como lo atestiguan nuestros adelantos en todo orden, material, intelectual y moral; pero no llevamos nuestra fiebre de progreso hasta renegar de las paternas creencias, único verdadero tesoro de felicidad que nuestros padres nos legaron. Y esta constancia en el creer, y esta adhesión incontrastable á la santa religión de nuestros antepasados ¿á quién, después de Dios, se la debe el pueblo de Medellín, sino á María? Mas ¿qué digo? ¿el mentido progreso? Ni la funesta propaganda impía y protestante, en mala hora introducida en el país, ni la blasfemia insultadora del sentimiento de la inmensa mayoría, por no decir de la totalidad de nuestra población, han salido con su perverso intento de disminuir la pompa del culto externo, ni menos de enfriar en las almas el fervor religioso. ¡Loado sea Dios y bendita su Madre sacratísima, Nuestra Señora de la Candelaria!

3. Y ¿qué prueba todo esto, hermanos míos? ¿qué nos da á conocer esta admirable constancia? Os lo diré de una vez para exponer todo el asunto del presente discurso. Esto nos está diciendo á voz en grito que el culto de María santísima, lo mismo aquí que en todas partes, es eterno é incontrastable: ¿por qué? porque está cimentado en la roca indestructible de la verdad: *Veritas Domini manet in æternum*¹. ¿Sabéis de qué verdad? Pues primero de la verdad de la naturaleza humana, y luego de la verdad de las disposiciones di-

¹ L. c.

vinas. Sí, cristianos: el hombre, siguiendo las rectas inclinaciones de su misma naturaleza, se ve como forzado á tributar culto á María; esto veréis en la primera parte. Dios apoya con su autoridad positiva estos mismos sentimientos del hombre; será la materia de la segunda. La verdad es, por tanto, la base en que descansa el majestuoso edificio de la devoción á María. Saludémosla, etc. *Ave María*.

I.

4. El hombre, hermanos míos, á menos de estar completamente degradado por la corrupción moral, ama naturalmente lo bello, se deja arrebatar por lo sublime, se entusiasma con lo grande y extraordinario, ríndese al noble sentimiento de la gratitud, busca apoyo en que afianzar su nativa debilidad. Pues bien: todos estos sentimientos, que tan espontáneamente brotan de su ser, lo conducen como por fuerza irresistible al culto de la Divinidad. Fácil es de comprenderlo. Pero yo añado que también le llevan, sin poderlo resistir, hacia el trono de María. En efecto, subordinado como está al de Dios, el culto de la Madre de Dios, no solamente es espontáneo, sino hasta cierto punto indispensable. La humana naturaleza, tal como el Hacedor supremo la ha formado, lo exige imperiosamente, lo reclama. Aquel Señor que, no sólo nos permite, sino que nos invita á admirar su hermosura en la belleza de las obras de sus manos¹, y sonrío al ver nuestra admiración, como se recrea el artífice contemplando la que despierta su obra maestra; ¿cómo no habrá de regalarse al vernos tributar en María, la más acabada

¹ Ps. 45, 9.

de sus obras, nuestros homenajes de admiración á su sabiduría, omnipotencia y amor? Por otra parte, el que nos manda buscar en la fortaleza nuestro apoyo¹, y retornar en acciones de gracias los favores recibidos², ¿no aprobará que recurramos de preferencia á María, la depositaria de los tesoros divinos, y que le devolvamos en himnos de alabanza los beneficios impetrados de su mano? Pues tales son, como veis, los principales actos con que se explica el culto religioso, adoración, invocación, acción de gracias. Ni constituye otra cosa el que tributamos á María.

5. Mas ¿quién podrá, cristianos, esbozar siquiera el cuadro portentoso de las excelencias de esta celestial criatura? Y ¿quién hay que, al columbrarlas, no se palse, no se suspenda en extático arrobamiento? Reunid en una sola todas las perfecciones y gracias diseminadas en la casi infinita muchedumbre de las obras del Criador, y no habréis hecho más que acopiar los materiales del retrato de aquella *Virgen singular*³, de aquella *Madre admirable*⁴, de la criatura modelo y, para terminar, de la Reina de ángeles y santos. Mas ¿quién nos dará idea de la forma, del maravilloso conjunto, todo armonía y esplendor? Oigamos al Divino Esposo que la dice: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*⁵, y ágota, por decirlo así, los símiles de la naturaleza para retratar la belleza de su inmaculada Esposa. Concretándonos á la hermosura de su ser físico, podemos afirmar que su perfección iguala al eterno ideal de la belleza corpórea. El arte humano no alcan-

¹ Is. 1, 17.² 1 Thess. 5, 18.³ Eccl. in hymno Vesp. B. M. V.⁴ Ead. in Lit.⁵ Cant. 4, 7.

zará jamás á expresarla en sus más elevadas creaciones, ya sea que se valga del pincel de Murillo para trazarla en el lienzo, ya que ensaye la valentía del cincel de Miguel Ángel para arrancarla del mármol, ya, en fin, que concierte todas las notas de Rossini ó las frases rítmicas de Fray Luis de León para cantarla en el lenguaje divino de la música ó de la poesía. El divino Amador de esta criatura no se ha desdenado de pintar á su amada Esposa con los colores que él solo posee, en aquel inmortal epitalamio del Cantar de los cantares. Por mi parte desisto del empeño de recoger aquí los más brillantes rasgos de esa fisonomía trazada por pincel inspirado del cielo, prefiriendo para la común edificación fijar la vista en lo que toca á la superior belleza de esta Hija del Rey de los cielos, que es la de su ser espiritual, según aquellas palabras del sagrado Libro: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene de adentro*¹.

6. ¡Oh! ¡qué bella y qué perfecta es el alma de la Santísima Virgen María! Adórnala, no como joyas postizas, sino como preseas propias tuyas, todas las perfecciones del orden natural, y todas las virtudes y carismas del otro orden, sobrenatural y divino. Su corazón es un relicario de oro esmaltado de perlas y diamantes. Sólo Dios sabría valorar ese tesoro sacado de las arcas de la omnipotencia. La caridad, efluvio del Espíritu Santo, le comunica un brillo que refleja los incommunicables atributos del Criador. La pureza de esta Virgen es el encanto del Dios de santidad que habita en trono de luz inaccesible². María es el destello de luz más puro y transparente que brota del foco de eterna claridad. María es la criatura que más

¹ Ps. 44, 14.² 1 Tim. 6, 16.

al vivo expresa las perfecciones del Altísimo, es la imagen más acabada que de sí mismo ha hecho Dios en el teatro de su acción al exterior. Él puede fabricar mil mundos más hermosos que el actual, dice San Buenaventura, pero no puede hacer una madre suya más perfecta. ¿Qué más puede decirse? La Iglesia exclama en santo arrobamiento: *Speciosa facta es, et suavis in deliciis tuis, sancta Dei Genitrix*: Hermosa eres, suave y deliciosa, ¡oh santa Madre de Dios!¹ Y nosotros con ella le diremos, valiéndonos de las expresiones del Profeta Rey: «Avanza, pues, ¡oh gentil Reina! ¡marcha por el camino real de la prosperidad, y domina sobre todos los corazones por el poder de tu encantadora belleza!»²

Y así es como establece María su culto entre los hombres, y lo sostiene, á través de las edades, en donde quiera que hay almas capaces de apreciar el valor de la belleza, y corazones que sienten el atractivo de lo noble y lo sublime. Y así es como se explica, de un modo casi natural y sencillo, por qué su culto es universal, eterno, indestructible, como basado que está en las leyes inmutables del espíritu humano, esclavo feliz y rendido adorador de la belleza. Y ¿á quién no cautivará la de María, *raptora de los corazones*³?

7. Que si alguno objetase que no todas las almas son tan sensibles á sus delicados encantos, sea así enhorabuena, mis amados oyentes; pero yo aseguro, sin temor de equivocarme, que no hay una sola, y mucho menos en el pueblo cristiano, que no sea sensible á

¹ Eccl. in festo B. M. V., ant. de Laudibus.

² Ead. ibid. ex Ps. 44.

³ S. Bern. apud S. Alph. de Lig., Glorias de María.

otro resorte, natural también en el corazón humano, el de la necesidad de implorar socorro en sus horas de quebranto. ¿Quién, pues, no sentirá en mil ocasiones el aguijón de la necesidad de llamar en su auxilio á esa *Virgen poderosa*¹ que domina en las alturas del poder divino? Aquí tenéis otro argumento en apoyo del culto de María: quien no alcance á admirarla, tendrá á lo menos que invocarla. Y ¿qué necesidad más dulce y consoladora para el corazón humano? Implora el hombre atribulado el socorro del Criador, como lo hacía el Profeta perseguido: *En mi tribulación invoqué al Señor*²; como lo practicó el mismo Jesús moribundo, cuando alzaba aquella voz desgarradora: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*³ Eso, hermanos míos, está en el instinto de la criatura racional, y dijérase que hasta en el de las irracionales, que con sus rugidos lastimeros parece claman á Dios pidiéndole socorro en el supremo peligro. Sólo un orgullo refinado ó una diabólica obcecación son capaces de ahogar dentro del pecho el grito que lanza la debilidad oprimida por la fuerza. Y ese grito ¿qué pide sino el socorro del más fuerte contra el opresor? Sólo que en la tierra no se encuentra esa fuerza bastante para contrastar la tiranía de los males sin cuento que agobian nuestra frágil y debilitada naturaleza. La tierra es y será siempre para nosotros valle de lágrimas y de miserias. Manchada como está con sangre y empapada de iniquidad, lleva estampado el sello de la primera maldición⁴. No busquemos aquí la fortaleza ni el consuelo que sólo se encuentran en las regiones celestes: de allí es de donde

¹ Eccl. in lit. lauret. ² Ps. 17, 7.

³ Matth. 27, 46. Marc. 15, 34. ⁴ Gen. 3, 17.

debemos esperar todo el socorro¹. Y en el cielo ¿cuáles oídos más atentos á nuestros clamores que los de Aquella que es toda ojos y oídos para apiadarse de nosotros? ¿cuáles entrañas más tiernas que las de esta Madre de los pobres desterrados? Sí, por cierto: á María deben elevarse nuestras plegarias, para que ella, la omnipotencia suplicante, como los Padres la apellidan², las haga subir hasta el trono del Dios de las misericordias y Padre de toda consolación.

8. También está en el corazón del hombre, como ley de su naturaleza social, la necesidad del mutuo auxilio; y de ahí, en un orden más elevado, la necesidad del poder de intercesión. Si debemos valernos mutuamente, ¿por qué no habremos de interponer nuestro valimiento delante de los poderosos, y mucho más en el acatamiento de Dios? No digáis que podemos acudir directamente á Él, sin necesidad de medianeros, para obtener el remedio de nuestros males, y que es superfluo el recurso á los santos, y aun á María, Reina de todos. Si así fuera, ¿por qué entonces acude el amigo á su amigo en busca de pan con que calmar el hambre del huésped no esperado?³ ¿por qué el mendigo llama á las puertas del rico, implorando una limosna? ¿por qué el desvalido se acoge á la sombra de la caridad? ¿No sería burlarse del desgraciado remitirlo directamente á las puertas de la piedad divina? Luego el hombre puede y debe socorrer á otro hombre: luego María puede socorrernos á todos, como instru-

¹ Ps. 120, 1.

² Apud *S. Alph. de Lig.*, Glorias de María.

³ Luc. 11, 5.

mento general de las bondades de Dios. ¡Ah, cristianos! ¿qué consuelo tan inefable, tan dulce, el que encierran aquellas aspiraciones de la Iglesia en la más popular de sus antífonas, la *Salve: Á ti clamamos los desterrados hijos de Eva*? Pues ¿á quién dirigir nuestros suspiros, á quién presentar nuestras lágrimas, sino á la madre de misericordia, á la Virgen clemente, dulce y pía? ¿adónde nos acogeremos sino al lugar de nuestro refugio, á María, nuestra grande y amantísima Patrona?

9. La gratitud, ese noble sentimiento de justicia, connatural al corazón humano y elevado á la categoría de virtud moral y cristiana, será siempre otra de las bases más firmes y duraderas del culto de María. *Mi lengua publicará siempre sus loores*¹. ¿Cómo detener el torrente de la gratitud que se desborda de un corazón enternecido por la eficacia de las ternuras de María? ¡Ah! no es dado hacer callar al agradecimiento; ni puede éste quedar adormecido en un alma favorecida con evidentes y señalados beneficios. ¡Oh! ¿no estamos viendo cada día las caravanas de piadosos peregrinos invadir los célebres santuarios de la Inmaculada Virgen, ansiosos por depositar en sus altares los ricos exvotos de la más ardorosa gratitud? Díganlo Lourdes y La Saleta, en Francia; Guadalupe, en Méjico; Chiquinquirá y Las Lajas, en Colombia. Y ¿no pudieran decirlo también, en escala proporcionada, La Estrella, Santa Rosa y Medellín, en Antioquía? Cuando un alma ha experimentado la protección de la divina Señora, en momentos terribles y angustiosos, en que era vano empeño implorar otro auxilio que el del cielo; cuando ha

¹ *Semper laus eius in ore meo* (Ps. 33, 1).

visto con sus ojos y casi palpado con la mano la protección de María santísima en algún acontecimiento marcado con visos de extraordinario y sobrenatural, no preguntéis ya por qué busca á María, por qué la invoca con fervor, por qué la bendice á cada instante, por qué, en fin, se enloquece de entusiasmo en sus festividades. No hacerlo así sería el colmo de la ingratitud; sería el olvido inexplicable de los deberes más dulces y sagrados, como son los del agraciado para con su bienhechor. Y ya que, por desgracia, exista más de un ingrato en el mundo, ¡oh! la raza humana no es ingrata por naturaleza, y el pueblo cristiano no puede serlo nunca. Así se comprende, amados fieles, la persistencia y el auge cada vez creciente de la devoción á la reina de los hombres, y el entusiasmo del pueblo medellinense por su Patrona, la Virgen de la Candelaria.

II.

10. Por mucho, no obstante, que incline la misma naturaleza del hombre al culto de la más bella, más poderosa y más piadosa de todas las criaturas, la Santísima Virgen María, la *bendita entre todas las mujeres*¹; no cabe duda, cristianos, que el argumento decisivo en favor de la perpetuidad de este culto está basado en la expresa y absoluta voluntad del Señor, el cual quiere y manda que todo el mundo rinda pleito homenaje á aquella á quien el mismo quiso honrar y enaltecer como á ninguna otra criatura. ¿No parece que Dios nos diga por el órgano de su Iglesia lo que en otro tiempo publicaba por bando el poderoso Asuero: *Así debe ser*

¹ Luc. I, 28.

*honrado aquel á quien el rey quiere honrar*¹? Ciertamente la voluntad del Criador se nos declara bastante por sus mismas obras; y, cuando Dios ha hecho cosas de tanta magnitud en favor de María, como ella misma lo atestiguó en su Cántico², harto conocida nos es su voluntad de que hagamos también nosotros cosas grandes en honor de su criatura predilecta.

11. Sí, cristianos, predilecta es María de la Trinidad beatísima, como nos lo enseña el Pontífice Pío IX en la Bula Dogmática de la Inmaculada Concepción. «El Dios inefable, dice, amó á María con tal preferencia sobre todas las criaturas, que en ella sola se complació con el afecto más ardiente.»³ Por eso la unió á sí por manera inenarrable con vínculos de parentesco que sobrepujan toda la capacidad de una pura criatura; de suerte que á María ligan con Dios, como sabe todo creyente, las más estrechas relaciones, cuales son las de Hija, Madre y Esposa, templo, habitación y sagrario. ¿Quién puede concebir mayor elevación de criatura? Verdaderamente tal grandeza pone espanto en quien atentamente la contempla, obligándole á doblar ambas rodillas delante de aquella augusta persona revestida, como de un manto de reina, de tan alta dignidad. Contemplar tamaña celsitud, y no acatarla con veneración sólo inferior á la que se debe á Dios, parece un género de estolidez inconcebible, ó bien, un arranque de rebeldía satánica todavía más abominable y estúpida. Por manera que la negación del culto de la soberana Virgen no debe atribuirse más que á una ciega, y, desgraciadamente, crasa y voluntaria ignorancia de las disposiciones

¹ Esth. 6, 9.

² Luc. I, 49.

³ Bula «Ineffabilis Deus».

del Señor, ó, más bien, á un orgullo insensato que rehusa doblegar la frente ante la suma grandeza. Ni uno ni otro podría encontrarse en la verdadera Iglesia de Cristo, perfectamente ilustrada, y tan humilde como sabia; de ahí que la devoción á María santísima sea tan propia y característica del pueblo cristiano, esto es, de la comunión católica, como desdeñada y aborrecida por los falsos cristianos, herejes y sectarios, protestantes y todos sus congéneres. Ciertamente, cuando el ángel Gabriel saludó á la Virgen de Nazaret, inclinando profundamente la cabeza delante de la recatada doncella, como un vasallo en presencia de su reina, diónos el ejemplo más brillante de lo que á toda criatura cumple hacer delante de María: venerarla profundamente, amarla y ensalzarla. ¿Quién imaginó jamás expresiones tan cumplidas, tan galantes, tan honoríficas como las que empleó el celeste mensajero para saludar á María? El cielo las aplaude, y el hombre no se hartará jamás de repetir las. Los Padres y Doctores de todos los siglos las han comentado con tanta elocuencia como riqueza de doctrina. La oratoria y la poesía se deleitan con su admirable y encantadora sencillez, sello auténtico del lenguaje del Criador. ¡Qué dos palabras aquellas con que empieza y termina el sagrado diálogo: ¡*Ave!* ¡*Fiat!* Dígalo el afluente y grandilocuente obispo San Tarasio¹.

12. Después de hecha Madre suya, á nadie sorprenderá que Dios haya decretado coronar á María por Señora de todos los hombres y Reina de los mismos ángeles. *Ave, Regina cælorum: Ave, Domina angelorum!*

¹ De præsent. Deiparæ, in offic. vot. Immaculatæ Conceptionis B. M. V.

aclámala la Iglesia¹. Lo es en hecho de verdad. Porque, bien visto, cristianos, las prerrogativas que encierran estos títulos que ninguna otra criatura puede reivindicar para sí, no son más que simples corolarios de aquella elevación incalculable de María á la divina maternidad. No hay nada más lógico que las obras de la inteligencia soberana. Nuestra atrevida ignorancia pretende á las veces hacer á Dios inconsecuente en sus obras. Si María es verdadera Madre de Dios, *Theotocos*, como la llamaron los Padres del concilio de Éfeso, proscribiendo la herejía de Nestorio, natural es, según discurren los teólogos y ascéticos, que impere y señoree, con regia autoridad, en todos los dominios de su Hijo, *Rey de reyes y Señor de señores*²; natural es que todas las criaturas le rindan homenaje de vasallos. Los ángeles, acordes con Gabriel, la ensalzan á porfía, cantándole en celestes ritmos alabanzas inmortales. Y todavía el vil gusanillo de la tierra ¿se negará á mezclar su humilde voz con el concierto de las armonías angélicas? La naturaleza entera ¿no parece demostrar á María, en su mudo lenguaje, el anhelo de obsequiarla y ensalzarla? ¿No son todas sus voces otras tantas notas del himno universal que se eleva á María de todos los ángulos de la creación? ¡Ah! ¡qué ronca y destemplada se deja oír, en medio de tanta armonía, la blasfemia del malvado, la sacrílega burla del impío!

13. Pero, fuera de todos estos títulos de derecho divino que tiene María para reclamar del hombre el tributo de suma veneración, posee también para exigir amor las prerrogativas indiscutibles de madre. Por tal la ha dado Dios al género humano redimido. ¡*He ahí*

¹ Eccl. in ant.

² 1 Tim. 6, 15.

á tu madre!¹ El misterio de la humana redención no se comprende en toda su profundidad sin el concurso de ese otro misterio de la maternidad espiritual de la Madre Dolorosa. No sin razón ocupó María, á la hora requerida el puesto de honor que le estaba señalado al pie de la Cruz del Redentor². Allí, allí precisamente, al darnos Jesús la nueva vida de hijos de Dios, comprada á precio de sangre, María, asociada al gran ministerio de la regeneración, nos daba también á luz entre un mar de angustias y dolores. ¡Ah! ¡no olvidemos jamás ese abolengo tan glorioso! Hijos somos de María, como lo somos de Jesucristo; reconozcámosla una y mil veces por madre. El culto religioso tiene mucho del aroma de la piedad filial. Dios quiere ser amado como Padre, no menos que adorado como Dios. *Padre nuestro, que estás en los cielos*, es la oración que él mismo puso en nuestros labios³; y, por lo que hace á María, objeto legítimo de un culto sólo inferior al de Dios mismo, ella quiere exclusivamente ser amada y venerada como Madre. Este título la llena, porque lo dice todo; y esto nos basta para erigirle un trono, más elevado que el de todos los santos, en el corazón y en los altares. *Ecce Mater tua!* ¡Cristiano! ahí tienes á tu Madre, no terrena sino celestial: ámala como el más cariñoso de los hijos, implora á cada instante su socorro, fía de su bondad, pon en sus manos tus intereses, no tanto los del tiempo, como los de la eternidad; no te canses jamás de alabarla y venerarla como hijo bien nacido.

14. En cuanto á ti, pueblo cristiano, sociedad de Medellín, heredera de nobles y piadosas tradiciones:

¹ Io. 19, 27.

² Ibid. v. 25.

³ Matth. 6, 9.

ahí tienes á María dignamente representada en ese lienzo preciosísimo, legado de regia liberalidad concedido á tus mayores¹: ahí tienes á tu querida Virgen y Señora de la Candelaria. Delante de esta venerada imagen se postraron tus abuelos; á ella acudieron en sus necesidades particulares y en las calamidades públicas; á ella celebraron, si no con mayor pompa que al presente, tal vez con piedad y devoción mayores. ¡Ah! ¡no olvides cuántos beneficios debes al cielo por intercesión de tu Patrona: cuántas veces acorrió en tu auxilio, escuchó tus súplicas, enjugó tus lágrimas y calmó tus sobresaltos! ¿No es á ella, pueblo fiel, á quien debes la actual prosperidad de que disfrutas? Reconoce agradecido la deuda inmensa de gratitud que pesa sobre ti, ya que, para descargarte de ella, no necesitas otros tesoros que la fidelidad y el amor. Sé digno, pues, de tus gloriosos antecedentes, y guárdate, no degeneres de los leales sentimientos de aquellos que pusieron á esta ciudad bajo la protección de María santísima de la Candelaria. Así podrás prometerte nuevos y largos días de prosperidad basada en la pureza de la fe y en la santidad de las costumbres. Así sea.

¹ El cuadro de Nuestra Señora de la Candelaria que venera Medellín, fué regalado por una reina de España en tiempo de la colonia.